

Andrea Belanche Castillo
IES Matarraña (Teruel)
ARAGÓN



Alas de esperanza

Un gran estruendo irrumpió el silencio de la noche. Por un momento, sentí una punzada de miedo, ¿alguien podría haberse saltado el rezo y haber oído el ruido de la trampilla al caer? Me mantuve en la retaguardia hasta que estuve seguro de que no había más ruido que el de los acelerados latidos de mi corazón. Avancé lentamente por el corredor, siguiendo las anotaciones mentales que había tomado durante las últimas semanas. Mi objetivo era los aposentos del abad, pensaba robarle unas cuantas monedas para subsistir durante unos meses sin tener que preocuparme.

Últimamente no hacía más que robar, atracar y, si era necesario, asesinar. El resto del tiempo lo pasaba recogiendo leña, construyendo nuevos artilugios para mi refugio o, simplemente, escuchando el cantar de los pájaros. Mi único objetivo en la vida era mantener la cabeza ocupada, no pensar, o volvería el dolor...

De pronto el pasillo desembocó en una bifurcación que no me esperaba, ¿derecha o izquierda? Mientras trataba de decidirme, me pareció oír un débil tintineo, por lo que retrocedí hasta dar con una columna donde me escondí. Tras unos segundos de tensión, llegué a la conclusión de que no habían sido más que imaginaciones mías. Volví a avanzar, pero de nuevo ese tintineo volvió a introducirse en mi cabeza. Solo que ya no era un simple tintineo, ahora podía escuchar una débil melodía, que cada vez se iba intensificando.

Era como si creciera, la podía oír perfectamente. Y entonces, todo lo que llevaba evitando durante meses e incluso durante años me golpeó como un latigazo, rasgando hasta la última fibra de mi ser. Conocía la canción. De pronto, me olvidé de dónde estaba y hacia dónde iba. Simplemente, empecé a correr como un poseso, movido por una especie de resorte.

Entré en un despacho y lo siguiente que recuerdo fue abalanzarme sobre una delicada cajita de música como si fuera la última bocanada de aire que pudiera tomar. Ya no podía escuchar las campanas de la iglesia que indicaban el final de la oración, ni los pasos de los monjes y curas que volvían a sus aposentos, ni tan siquiera el ensordecedor ruido que

producían mis pasos al correr aceleradamente por el monasterio. No sé cómo conseguí volver al lugar donde se encontraba la trampilla y salir de allí tan rápido como me permitían mis piernas.

Lo último que recuerdo después, fue llegar a mi refugio en el bosque y tenderme sobre el suelo, frío como el metal, frío como mi corazón hasta ese momento. Ahora, solo miro fijamente la pared de piedra que tengo enfrente. Mi respiración tendría que ser tranquila, pero ahora me es imposible. Siento los ojos fuera de las órbitas y estoy cubierto de arañazos y quemaduras debido a la precipitada huida. empiezo a recorrer la habitación con la mirada y esta se detiene ante el pequeño tesoro que he conseguido. lentamente acerco la mano hacia la caja que descansa en mis rodillas y empiezo a girar la manivela que lleva incorporada.

Una suave y melancólica música empieza a brotar de ella y, para mi sorpresa, empiezo a relajarme hasta quedar casi dormido. Todo a mi alrededor se está aclarando y noto como el ambiente se relaja. Cuando levanto la cabeza no puedo evitar un gemido propio de un cerdo a punto de morir degollado. ya no estoy en mi cueva, me hallo en una pequeña habitación tendido sobre un lecho nte cómodo. de pronto, me llega un suave aroma a pan recién hecho y mantequilla. Impulsivamente, me levanto y lo sigo. Llego hasta una cocina y veo a mi madre, que me acaricia el pelo. Pero no exactamente a mí, sino a mi “yo” de doce años. Se me congela la sangre en las venas, entonces, llega de nuevo la musiquilla y como nubes de polvo dorado la imagen desaparece.

Ahora estoy en la cubierta de un velero, mirando al horizonte. Por detrás se acerca mi padre y acto seguido, mi “yo” con catorce años. Mi padre toca al chaval y puedo sentir su calor en mi hombro. Me acerco a ellos, pero cuando los toco, todo vuelve a diluirse lentamente, siguiendo el compás que marca una elegante gaviota que surca los cielos.

de nuevo aparezco en otro sitio. Ahora estoy tendido en la hierba, mirando las estrellas. Ladeo la cabeza y me veo a los 16 años. A mi lado, hay una hermosa muchacha. las matas de hierba me hacen cosquillas en la nuca y no puedo reprimir una cálida sonrisa. Vuelvo a mirar a las estrellas y, de repente, despierto.

El vacío que antes me inundaba ha desaparecido por completo. Tampoco hay ahora nada muy definido en mi interior, pero confío en que pronto se desarrollará y podré avanzar. recojo un par de cosas y las meto en mi macuto. Todos los olores, texturas e imágenes siguen rondándome en mi mente. Ahora, le he encontrado sentido a la vida. Puede que mi padre muriera en un terrible naufragio a lomos de su querido barco. Y que mi madre lo hiciera poco después por la depresión. Incluso puede que yo también estuviera muerto hasta ahora. pero he vuelto a renacer y no pienso desaprovechar la oportunidad. Con esfuerzo y algo de ayuda podré rehacer mi vida, gracias a la música. Tal vez, incluso encuentre a Sarah...

Aún no he dado unos pocos pasos cuando me doy la vuelta, he olvidado la caja. entro de nuevo en la cueva, pero ha desaparecido. Me llevo una decepción, pero al instante, vuelve a sonar la melodía. Esta vez la canta un pájaro de alas rojas como el fuego y un timbre tan fresco que se asemeja al rugir de una cascada. Cuando emprende el vuelo pasados unos minutos, ya no me importa. Ahora sé que la música está en todas partes, solo tienes que esforzarte para encontrarla y extraer de ella lo mejor.

Porque la música es paz, armonía, amor, sinceridad, belleza...y es capaz de transportarte a mundos mágicos y tierras lejanas.

YA QUE LA MÚSICA, ES EL CORAZÓN DE LA VIDA, DISFRÚTALA